

Selecta

Idilios de temporada II



*Una alianza
lujuriosa*



Eneida Wolf

Una alianza lujuriosa
Trilogía Idilios de temporada 2

Eneida Wolf

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleer
@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial

Capítulo 1

CONOCERÁS A UN ALTO, MORENO Y ATRACTIVO DESCONOCIDO

Debían ser las diez de la noche cuando Elena Connynham se bebió la tercera copa de champán en lo que iba de la velada. Sus pies la estaban matando, se le había ocurrido ponerse los zapatos nuevos y ahora le rozaban la parte del tobillo. Se sentía ridícula con el peinado que Myrna, la nueva doncella, había insistido en hacerle, pues ya de normal odiaba llevar el cabello recogido, le gustaba que su larga melena ondulase salvajemente mostrando los rizos propios de las Connynham, pero con aquel esperpento parecía que llevase un sombrero con demasiados adornos. A nadie parecía importarle que ella estuviese allí, salvo a su hermana y su nuevo y flamante marido, por supuesto.

Físicamente eran parecidas, salvo por el hecho de que su hermana era un poco más alta y ella se había quedado con la estatura de las muchachas que solían tener trece años. La nariz menuda y chata, la boca fina y descarada y la tez blanquecida. Por lo demás, su hermana había salido a su difunta madre, con unos ojos azulados que impactaban a todo aquel que los mirase y el cabello marrón oscuro, mientras que de ella decían que se parecía a su padre, de

cabellos muy rubios y ojos negros como la noche.

De todas formas, ella estaba convencida de que no era así, pues ni el rubio era de la misma tonalidad ni los ojos eran iguales. Pero pocas personas se fijaban lo suficiente como para ver que el color de los ojos podía variar, así como el brillo, la forma, la aureola del iris... esos detalles que solían captar su atención.

Había bailado con Franklin, era un buen tipo, perfecto para Wendoline, y es que su hermana era un caso especial. Estaba convencida de que así habría seguido siendo de no ser por él. Haberse casado con el hombre más decente de Londres, siendo Wendoline la dama inglesa más atípica, resultaba demasiado irónico, y más todavía cuando ese mismo hombre era un duque. También había bailado con alguna otra alma caritativa, cuyos nombres no recordaba. No eran lo suficientemente atractivos como para haberse sentido tentada y a todos les había encontrado notables defectos.

Era su pequeña maldición, no había nadie con quien se hubiese cruzado a quien hubiese considerado digno de su amor, ni siquiera un poco de su aprecio. Quizás tenía un concepto demasiado alto de sí misma, quizás un gusto exquisito para los hombres o, simple y llanamente, el amor no había llamado a su puerta.

Estaba aburriéndose en extremo en esa velada, nunca había tenido más que un par de amigas que, más que eso, las consideraba rivales. Si tenía que achacarse algún defecto, ese era el ser competitiva y tener mal perder. No, nadie la echaría de menos sí, con disimulo, abandonaba el salón y se dirigía a su habitación. Sabía que no era correcto, que su hermana había hecho la fiesta expresamente para que socializase, conociese a sus amistades al ser esa su primera temporada.

Mientras cogía la última copa, caminó decidida hasta la puerta y, al ver que nadie miraba, se escabulló de allí.

Subió las escaleras como alma que lleva al diablo, con el

corazón latiéndole a trompicones. Abrió la puerta de su habitación y entró, sintiéndose a salvo.

No se percató de que no estaba sola. Ni siquiera pensó que alguien se hubiese atrevido a subir hasta allí, eran sus aposentos privados en los que raras veces entraba alguien que no fuese ella, incluso Myrna se guardaba de llamar siempre, cuando lo hacía. Era su refugio, su templo, y más que una habitación aquello parecía el estudio de un intelectual.

Eso mismo pensó Christian Bradford cuando había entrado en ella hacía poco más de diez minutos. Sus apariciones en los eventos eran escuetas, pero a veces no podía negarse ante la insistencia de su hermana Jane. Simplemente no era de los que les gustase seguir las normas a rajatabla, la hipocresía de la gente lo ponía nervioso y odiaba hablar por hablar. Era el ser más seco en cuanto a conversaciones aburridas y tediosas se trataba. Solo aparecía para, de vez en cuando, divertirse. Le gustaba sobre todo hablar con Beatriz de Velarde, ahora Hayes, cierta duquesa y condesa hilariante sin pelos en la lengua, medio española y medio inglesa que no hacía mucho que había aterrizado en Londres tras la muerte de su padre.

Solía decirle que era una lástima que su hermana no les hubiese presentado antes, pues entonces probablemente no se hubiese casado con el de Rutland y habría caído rendida a sus pies, o eso era lo que él decía, haciendo alarde de su descaro. Era muy atractiva, exótica y habladora, pero por desgracia también muy fiel a su marido. Se habían convertido en amigos después de haberle vendido su parte en una sociedad cuyo negocio original era un prostíbulo, pero que él había transformado en una casa de apuestas y, con posterioridad, un club selecto de caballeros.

El *Red House* se estaba convirtiendo en un lugar donde los aristócratas y burgueses se sentían cómodos, se divertían, jugaban y se acostaban con mujeres bonitas. Era un lugar con clase, el personal era discreto y ahí erradicaba su éxito.

Había acudido a esa velada a regañadientes, pero una vez allí se había dejado arrastrar por cierta dama encantadora y, tras cierto coqueteo, le había susurrado al oído que la esperaba dentro de la primera habitación a la derecha subiendo las escaleras. Así que allí estaba, esperando a que la dama subiera para poder meterle mano y, si había suerte, algo más. No pensó que la habitación en cuestión fuese tan peculiar. Estaba casi rodeado de estanterías, llenas a rebozar de libros. Solo la cama y el armario le decían que era una habitación, pues el resto de mobiliario, incluido el escritorio con la silla, no encajaban. Al oír que la puerta se abría, imaginó que la descarada y provocativa lady Penélope habría llegado, pero no era ella, así que se escondió detrás del diván.

Desde luego, esa mujer no era Penélope. Mucho más baja, joven y bonita era la muchacha que había entrado. Parecía aliviada por algo, y pronto se dio cuenta de que debía ser la dueña de tal habitación, pues con ligereza se quitó las horquillas de la cabeza dejando su pelo, casi blanco de lo rubio que era, largo hasta media cintura y ondulado. Con aquellos rasgos parecía un ser de otro mundo, y más cuando se dio cuenta de lo oscuros que eran sus ojos, enmarcados en largas y tupidas pestañas.

Pronto vio que la chica no se contentaba con dejar su melena, sino que se quitaba los guantes blancos y también se desabrochaba el lazo del vestido de detrás, quitándose y quedándose solo con una camisola y, por encima, un corsé de medio cuerpo. Tragó saliva con dificultad al darse cuenta de lo que esa menuda criatura escondía bajo el vestido: unos abundantes y firmes pechos se asomaban por el escote. Desde luego, con el cambio de dama

había salido ganando.

Pero sabía que tenía que tomar una decisión; o se iba antes de que la muchacha terminase de desnudarse, o esperaba a que se quedase dormida, y teniendo en cuenta que esto último podía tomar mucho tiempo, prefirió retirarse a tiempo.

—Debería cerciorarse de estar a solas completamente antes de desnudarse —pronunció esas palabras en un susurro, para espantar a la joven lo menos posible.

Salió de detrás del diván y, abalanzándose hasta ella le tapó la boca con la mano para evitar que gritase, viendo enseguida que tal era la intención, pero aun así no lo hizo.

Elena al principio se asustó, pero al ver que el hombre era un completo desconocido y que lo había pillado por sorpresa, pensó con rapidez. ¿Qué estaría haciendo allí? Esperar a alguien, y ese alguien no era ella.

«Estaba esperando a su amante, por supuesto» dedujo.

Lo miró, escrutó su rostro para ver quién era ese crápula y se sobresaltó. No por el hecho de que fuese un allanador de habitaciones, y posiblemente un seductor, sino porque ese seductor tenía la cara de un dios griego bajado directamente del Olimpo. Era el mismo Apolo, sí, estaba segura de que el dios debía de tener ese rostro de facciones elegantes, esos ojos grandes y azules casi transparentes, las pestañas oscuras y alargadas y el cabello negro, muy oscuro. El corazón empezó a palparle desbocadamente, careciendo de sentido. Abrió los ojos desmesuradamente ante tal descubrimiento, no era posible, no, era imposible. Debía de tener algún defecto. Su nariz era un poco más grande que la media, pero eso lo hacía parecer más interesante. Quizás si hubiese sido menos fornido, o no tan alto...

—Voy a quitarle la mano, pero no grite.

Elena asintió, pero cuando recobró el sentido, se dio cuenta de que no iba a dejar que se fuera de rositas, por muy atractivo que fuera y por muy aspecto de Apolo que tuviera.

—Es usted un indecente, colándose en habitaciones ajenas. Váyase inmediatamente —exclamó, tan altiva como siempre, poniendo los brazos en jarra, olvidándose de su falta de ropa.

—Tranquila, no había venido a por usted. Aunque está claro que, viéndoos, no voy a despreciaros.

Recorrió el cuerpo de aquella chica desde los pies hasta cruzarse con su mirada brillante y oscura. Esos dos ónix que tenía por ojos lo observaban igual que si le robasen el alma, así se sentía, flaqueando ante la mirada de solo una chiquilla.

—Es usted un pervertido, un depravado, un vicioso sin remedio —lo insultó ella, casi escupiendo.

Lejos de sentirse insultado, las palabras que salían de su boca no hacían más que alimentar ese deseo que se había instalado en él desde que la había visto.

—¿Se sabe más sinónimos? Escúpalos, si así se siente mejor —la incentivó él.

—Lo único que me va a hacer sentir mejor es veros salir de aquí. A-ho-ra —puntualizó ella, señalando la puerta.

Dejó ir un suspiro junto con una débil risa mientras la cogía de la cintura acercándola a su cuerpo. Elena quiso detenerlo, zafarse de ese abrazo, pero se quedó paralizada ante tal atrevimiento, y el olor a champán y a bosque húmedo y lluvioso que desprendía aquella sabandija la golpeó. ¿Por qué demonios olía así de bien ese hombre?

—«Negros como cuervos son sus ojos,/ enlutados porque esos artificios/ con falsedad difaman lo creado». Ha sido ver tus ojos y recordar ese soneto —murmuró Christian.

Le costó respirar después de escuchar sus palabras. ¿No se suponía que era un hombre dado a la mala vida, al mal comportamiento, a la mala reputación? ¿Qué hacía recitando sonetos?

—Muy inspirador, pero lárguese —logró decir, tragando con dificultad.

—Antes quiero saber a qué sabe una ninfa.

No le dio tiempo a decirle que, si quería averiguarlo, se fuera a buscar una y que tuviese suerte con ello ya que era un ser mitológico y fantástico, pero notó que no podía hablar debido a que sus labios se habían posado sobre los suyos devorándolos lenta y deliciosamente.

Estaban dándole su primer beso. Con un nerviosismo impropio de ella y demasiado anonadada, no pudo más que abrir la boca y seguir moviendo sus labios al ritmo de los de él, quedándose demasiado petrificada por el hecho de que le estuviese gustando.

Algo inesperado ocurrió con la dulce presión de los labios de aquella muchacha, pues sintió un terrible dolor apretando, oprimiendo y empujando su corazón, hasta que la pared que lo envolvía se resquebrajó, y el calor se coló en él. Nunca había saboreado unos labios tan excitantes, y no, no eran dulces sino más bien salados, delirantes.

La sensación de gozo llegó con demasiada violencia, demasiado rápida, y Elena quedó congelada, sin saber dónde poner sus manos.

«Elena, te está besando un desconocido y sin tu permiso, ¡haz algo!» se reprochó a sí misma.

Reaccionó y apartó de ella a empujones el cuerpo de ese hombre, y añadió una sonora bofetada a su mejilla. Sin dejar de mirarlo azorosamente, con enfado y crispada, se fue hasta la otra punta de la habitación.

—Váyase —dijo en una voz más floja que con anterioridad, pero más firme.

A Christian se le removió todo y la culpabilidad lo inundó. Estuvo tentado de decirle que había sido un impulso, que él no era así pero no quería causarle ningún perjuicio ni daño alguno. Pero no lo hizo, simplemente caminó hasta la puerta y salió de allí diciéndose a sí mismo que aquello no había pasado.

Pero era absurdo, sí había pasado y la visión de la chica que parecía una ninfa no se le iba de la cabeza, así como su atracción y su chispeante personalidad. Maldijo en silencio

ese beso que le había robado, pues había desatado algo en él que creía que no existía. Era absurdo, completamente absurdo que la muchacha que apenas había visto hubiese logrado despertar en él sensaciones inauditas, nuevas y poderosas.

Elena, aún con el cuerpo temblando y los ojos desorbitados, se sentó en su cama sin poder creer que, apenas unos minutos antes, le hubieran dado un beso. Podría haber sido una visión, un sueño. Sí, a lo mejor se había quedado dormida y ahora despertaría y todo habría sido irreal. Pero no despertaba, no, aquello era la vida real y un desconocido demasiado atractivo y que recitaba sonetos de Shakespeare la había besado, y, sorprendentemente, le había gustado.

Capítulo 2

UN BRIBÓN

El viento azotaba sin piedad aquella fría noche de primavera. En todos los callejones se arremolinaban hojas de los árboles o papeles de periódicos del día anterior que sobrevolaban las piedras irregulares del pavimento. No tenía más destino que errar hasta el resto de sus días en esa maldita ciudad donde la delgada línea entre lo moralmente correcto y lo incorrecto estaba a veces demasiado difuminada.

No era un buen hombre, nunca se definiría como tal, pecaba de varios vicios que, a los ojos de algunos, eran imperdonables, mientras que otros decían que siempre se ocultasen, eran permitidos. Para otros, directamente, no eran pecados sino pequeños defectos, y otros decían que eran la chispa de la vida, que sin ellos no valía la pena estar en ese mundo.

Le gustaba la buena vida, pero había descubierto que no a toda costa, y había encontrado una faceta de sí mismo sensible y benevolente, que a la vez hizo que lo tildasen de blando y de mediocre. Hacía por lo menos seis meses que había vendido la compañía que su padre había creado de la nada, esa que había levantado con su esfuerzo y que tantos y lucrosos beneficios había obtenido, sobre todo los úl-

timos años antes de su muerte. Era tanto su crecimiento que la Compañía de las Indias había permitido su ingreso y operaba bajo su estandarte.

Pero su conciencia parecía ser que, a diferencia de lo que siempre había creído, existía, y no le permitía ciertas cosas, tales como el trato de seres humanos como perros o su uso para realizar expoliaciones en otros países.

Su estancia en la isla de Goreé fue un factor decisivo para abandonar aquel negocio sucio, manchado de sangre y grotesco. Era una isla pequeña, situada en África occidental, donde en una casa llamada La casa de los esclavos, tenían allí retenidos como a animales a hombres, mujeres y niños, por separado, esperando a ser comprados por los esclavistas y llevados a otro continente como mano de obra.

Nunca pensó que uno de los esclavistas tuviese que ser él.

Pero antes que él lo había sido su padre, que pese a camuflar su compañía en otros menesteres, como las transacciones de seda oriental o el arroz, en los esclavos tenía una fuente de dinero excepcional y un pilar básico.

En cuanto le dijo a su hermana pequeña Jane lo que había hecho, esta montó en cólera. Lo entendió a la perfección, al fin y al cabo, ese era su único sustento. Podría habérselo explicado, decirle lo que su padre hacía realmente, pero no quiso manchar su memoria, al menos a los ojos de su hermana. Ella adoraba a su padre, y no deseaba quitarle su grato recuerdo.

La puerta del elegante edificio estaba abierta, aunque eran las cinco de la mañana. Pero el *Red House*, el club social para caballeros más de moda de la ciudad, prácticamente estaba abierto a todas horas. El nombre le gustaba, y quiso darle un toque ambiental pues, como decían, en París las casas de mala vida tenían todas un pequeño farol de luz roja, así que en la puerta hizo colocar uno en su honor.

Y es que Christian Bradford creía firmemente en aquel dicho de «cuando una puerta se cierra, se abre una ventana», y esa última fue la posibilidad de adquirir tal local. Su falta de dirección hizo fácil la entrada de alguien como él, que pusiese orden y concierto y las cuentas sobre la mesa. Era bueno contando el dinero, y es que como jugador empedernido que era, hubo contado mucho cuando, en su época, cogía prestado el dinero de su padre, teniendo que devolverle íntegra la cantidad, sin que se diese cuenta.

Se había encontrado el local en muy buenas condiciones, cuya decoración era excelente y de cierto gusto aristocrático. Decidió que las prostitutas estuviesen en el segundo piso, y que, si bajaban a la zona de juego, lo hiciesen de forma recatada y para nada vulgar.

—Llegas pronto, jefe —dijo Gratz, su segundo al mando.

No sabía a ciencia cierta de dónde había salido, aunque tenía ciertas sospechas de su pasado, antes de que trabajase para él. Gratz era de constitución fuerte, robusta, de espaldas anchas, con aspecto de boxeador, y estaba seguro de que en algún momento de su vida lo había sido. La cicatriz que le cruzaba la mejilla derecha era de un navajazo de una pelea, aunque no sabía ni cuándo ni por qué ni con quién. De cabello rubio oscuro, largo hasta los hombros, solía llevarlo recogido en una coleta, aunque algo desaliñado y grasiento, pues no era un admirador de los baños. Creía firmemente en aquello que se decía, que una vez al año era suficiente, y que las enfermedades eran más propicias cuando uno iba más limpio. Aun así, había logrado que los aumentase a una vez al mes, pues su pestilente olor ahuyentaba a la clientela, y eso era algo que no se podía permitir.

Las mujeres decían de él que tenía un aspecto intimidante, pero facciones atractivas, y así era, pues bajo unas cejas pobladas se escondían unos ojos grisáceos, centelleantes y sosegados en cuyo iris las féminas solían perderse, una nariz recta y puntiaguda que le confería un aspecto elegante,

en contraste con su cuerpo más brusco y tosco.

—No he podido dormir. ¿Algo relevante?

Gratz alzó una ceja, señal de que algo no iba del todo bien.

—Hay un hombre que le espera en el despacho. No me agrada —sentenció.

Esa afirmación, viniendo de un hombre de un talante tan instintivo y supersticioso, solo quería decir una cosa: problemas.

—Voy a ver quién es —respondió Christian, intrigado por quién podría ser.

Subió las escaleras hasta el tercer y último piso, donde tenía un salón privado, una habitación particular por si alguna noche estaba demasiado cansado como para volver a casa, y el despacho. En él solía tratar con los proveedores, los jugadores deudores en su primer aviso y, en general, con todo el que pidiese verle, así como las entrevistas para la gente en los nuevos puestos de trabajo del *Red House*.

En cuanto abrió la puerta y echó un vistazo, supo por el cabello negro enmarañado, corto y canoso, la chaqueta negra de caballero y el bastón, de quién se trataba.

Apretó ligeramente los labios y arrugó la nariz, sintiendo cómo una mezcla de rabia y asco lo envolvía y lo sumergía en una especie de mal humor del que hacía tiempo que no disfrutaba. Sabía de quién se trataba.

—Señor Farewell, ¿qué hace aquí? —dijo con desprecio, casi escupiendo las palabras mientras que caminaba hasta su silla, frente al escritorio de madera de sauce.

Mantuvo la compostura, intentando no parecer enfadado ni rencoroso, solo molesto, pero había ciertas cosas difíciles de lograr, y tratar con amabilidad a ese sujeto era una empresa casi imposible.

Aquel hombre, que no se había movido de su posición desde que Christian entró, por fin abrió la boca y parpadeó, dejando entrever unos dientes amarillentos. Su espesa barba cubría una piel algo morena, desde medio cuello